bre todo el hombre, están tratados de manera que deja mucho que desear. En este cuadro también, los detalles dominan el conjunto; las telas carecen de flexibilidad, las manos del loco parecen dos paletas de madera, y el rostro aparece como cincelado cuidadosamente.

Este lienzo nada tiene que recuerde la realidad; y si en él hay algo que me inspire simpatía, es la pareja de perros; este par de animalitos están mucho mejor tratados que su amo.

Ya hemos visto los pocos realistas del *Salón;* posible es que yo haya omitido algún nombre pero de todas maneras he citado los principales, y hecho el estudio de sus obras. Repito que el móvil que me impulsa es el deseo de hacer comprender á todo el mundo que no me encastillo en determinada escuela, y que sólo pido al artista estilo propio y vigoroso.

He querido ser severo, por lo mismo que creía haber sido mal comprendido. No sólo me inspiran simpatías determinados temperamentos, sino que admito también los estilos propios, espontáneos y enérgicos. Las es-

cuelas, en general, me disgustan; porque toda escuela es la negación de la libertad de crear que el genio humano tiene.

En cada escuela hay un sólo hombre, el maestro; los discípulos no son más que imitadores.

No pidamos, pues, realismo ante todo, sino espontaneidad, sentimiento, y, principalmente, cuerpos y almas distintos que interpreten de diferente modo la naturaleza. La definición de una obra de arte, sólo puede hacerse de esta manera: *Una obra de arte es un pedazo de la creación visto á través de un temperamento* (1).

(1) El público protesta y los suscritores se enfadan. El panegírico de M. Manet ha dado ya su fruto, y las gentes dicen que un crítico que admira á semejante pintor es de todo punto intolerable. Todos piden violentamente mi abdicación.—M. Villemessant, á quien estoy agradecidísimo, se ve constreñido á acceder á los deseos del público. A este fin, y de acuerdo conmigo, dicho señor reparte estos trabajos entre M. Teodoro Pelloquet, uno de mis dignos compañeros y un servidor de Vds., asignándonos tres artículos á cada uno. De esta manera *L'Evenement* publicará en sus columnas juicios á gusto de todo el mundo, y el público sólo podrá quejarse de la variedad de los manjares.

Las caídas.

15 de Mayo.

En los momentos actuales, se representa una comedia en el *Salón* delante de los cuadros de M. Courbet. Bajo el punto de vista del arte, me parece que el artista no es siempre el más curioso objeto de estudio; muchas veces es necesario estudiar á las personas que visitan una exposición, porque suele acontecer que con una sola palabra, con un gesto no más nos dicen ingenuamente á qué punto hemos llegado en materia artística. Por eso es conveniente á veces preguntar al vulgo.

La opinión general dice este año que los lienzos de M. Courbet son encantadores. El público afirma que el paisaje es exquisito y es estudio de mujer bastante bueno.

Sin embargo, he visto que algunas de las personas que siempre se han mostrado duras con el maestro de Ornans se extasiaban contemplando dichos cuadros, y este sólo hecho despertó mis recelos. Me gusta explicarme las

cosas, y al pronto no comprendí este brusco cambio de la opinión pública.

Todo, empero, quedó explicado, cuando vi los lienzos de cerca. Ya lo he dicho: el gran enemigo es el estilo propio, la manera de ver.

Un cuadro gusta más al público cuanto menos personal sea el estilo de su autor. Courbet, este año, ha matado los salientes demasiado vivos de su genio, ha escondido las uñas y esto ha entusiasmado al vulgo, que hoy le encuentra semejanza con todo el mundo y le aplaude, satisfecho porque al fin le ve á sus piés.

Cuando descubro los secretos resortes de una organización cualquiera, experimento una satisfacción íntima, no lo oculto. La vida me preocupa más que el arte. Me gusta extraordinariamente estudiar las grandes corrientes humanas que atraviesan las muchedumbres y las sacan de sus cauces. Curioso por demás es el caso que ofrece una inteligencia poderosa que el vulgo admira precisamente cuando pierde algo de su brío.

Admiro á Courbet y he de probarlo. Pero mis lectores deben echar una mirada sobre la época en que pintó *La Baigneuse* y el *Convoi*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

d'Ornans, y decirme si estos dos lienzos, que son magistrales, no valen mucho más que los primorosos cuadros que ha presentado este año. Y sin embargo, en tiempos de *La Baigneuse* y del *Convoi d'Ornans*, Courbet causaba risa y el público escandalizado le apedreaba. Hoy nadie se ríe ni le tira piedras. Courbet ha ocultado las garras, y no se presenta al natural, con sus tendencias, su manera de ser y su estilo propio; el público le aplaude y todo el mundo le rinde homenaje.

No me atrevo á formular una regla que forzosamente se me impone: la admiración del vulgo está siempre en razón inversa del genio individual. El hombre es más admirado y mejor comprendido cuanto más ordinario es.

Esta es una confesión importante que el vulgo me ha hecho. El público me inspira el mayor respeto: mas si bien es cierto que no tengo la pretensión de conducirlo, no lo es menos que tengo el derecho de estudiarlo.

Y como le veo inclinarse á los caracteres insípidos, á los caracteres complacientes, pongo en tela de juicio los suyos, y creo que no he incurrido en un error tan grave como se supone al admirar á un paria, á un leproso del arte.

Como, por otra parte, tampoco quiero que nadie se engañe acerca de la admiración profunda que siento por Courbet, repito lo que dije hace un año, cuando vió la luz el libro de Proudhon.

Courbet, á mi juicio, es realmente un verdadero carácter. El pintor comenzó por imitar á los flamencos y á ciertos maestros del Renacimiento; pero sus naturales instintos se rebelaban, y su tenaz materialismo—su tenaz materialismo, entiéndase bien—le arrastraba hacia el mundo material que le rodeaba, hacia las mujeres membrudas y los hombres vigorosos, hacia los campos frondosos, fértiles y fecundos. Robusto y fuerte, sentía el irresistible deseo de estrechar entre sus brazos la verdadera naturaleza; quería pintar gozando en opíparo manjar y en suculento materialismo.

Los jóvenes de veinte y veinticinco años no conocen casi á Courbet. En la calle Hautefeuille, en el estudio del maestro y durante una de las ausencias de éste, he tenido ocasión de ver algunos de sus cuadros primeros. En aquellos lienzos severos y vigorosos, de los cuales me habían dicho horrores, no he encontrado

absolutamente nada que provoque la risa. Creía hallar caricaturas disparatadas, caprichosas y grotescas, y encontré pinturas espontáneas, francas y acabadas.

Los tipos respiraban verdad sin ser vulgares; las carnes suaves y bien vistas parecían animadas, y los fondos, llenos de ambiente, daban á las figuras extraordinario vigor. El colorido, un tanto apagado, resulta armónico y casi dulce, y la precisión de los tonos y la pericia de la mano determinan perfectamente las distancias y dan un gran valor á los detalles. Me basta cerrar los ojos para que en el acto aparezcan en mi imaginación aquellas enérgi as pinturas, hechas de cal y canto, y sentidas á más no poder. Courbet pertenece á la familia de los pintores materialistas.

Nadie podría acusarme de comedido por mis elogios al maestro; éste me gusta por su estilo y su vigor artístico.

Séame permitido extender un brazo, y señalando á la muchedumbre que se agrupa delante de los cuadros del mencionado pintor, decir á éste:

—Tened cuidado; habéis llegado á despertar la admiración pública. Sé que llegará el día de nuestra apoteosis; mas si yo estuviese en vuestro lugar, me enojaría el ver que me aclamaban precisamente en el momento que mi mano se había debilitado, en la ocasión en que yo no había entrado dentro de mí mismo para presentarme al público al natural, con mi manera de ser, mis tendencias y mi estilo propio, sin guardar miramientos ni hacer concesiones.

No niego que la *Femme au perroquet* es una pintura acabada y precisa; tampoco niego que la *Remise des chevreuils* tiene encantos y vida; pero á estos lienzos les falta no sé qué energía, no sé qué carácter, que es el sello de Courbet. Ambos lienzos son dulces y sonrientes; el maestro, para decirlo de una vez, ha hecho dos pinturas bonitas.

Se dice que le darán la gran medalla. Si yo fuera Courbet no aceptaría para la *Femme au perroquet* la suprema recompensa que ha sido negada á *La Cureé* y á los *Casseurs de pierre*. Yo querría que constara de manera evidente que se premiaba mi verdadero genio y no mis caprichos.

Me causaría cierta tristeza el ver objeto de

tamaña distinción dos obras que yo no reconocería por hijas felices y vigorosas de mi ingenio.

En el *Salón* hay otros dos artistas que me han hecho llorar: MM. Millet y Teodoro Rousseau. Ambos han sido pintores con estilo propio, y me complazco en creer que volverán á serlo; ambos son artistas que admiro, y ahora tengo el dolor de ver que sus manos han perdido la firmeza y sus ojos el excelente golpe de vista.

Recuerdo los primeros cuadros que vi de M. Millet. ¡Qué horizontes! Aquellos lienzos parecían animados por la naturaleza misma. En aquellos paisajes había una ó dos figuras todo lo más; pero ofrecían á la mirada el campo con su verdadera poesía, con esa poesía que sólo se compone de realidad.

Mas hablo como un poeta, y ya sé que esto á los pintores no les gusta.

Añadiré, pues, que las pinturas de M. Millet eran enérgicas y sentidas y que las manchas eran precisas y vigorosas. El artista procedía por simples plastas, como todo pintor que lo es verdaderamente.

Este año me he encontrado con una pintura floja é indecisa. Parece que el artista la ha hecho en papel secante y que el aceite se ha extendido. Los objetos parece que se aplastan en el fondo. Semeja á una pintura hecha con cera y que al calentarse los colores se han fundido unos en otros.

La realidad no se ve en este paisaje. El cuadro representa los afueras de una aldea; el horizonte se extiende bruscamente y en aquella inmensidad que aparece á la vista solamente hay un árbol, detrás del cual se adivina el cielo. Tal pintura, lo repito, carece de vigor y de espontaneidad; los tonos se confunden y se mezclan, el cielo se empequeñece y el árbol parece pegado á las nubes.

M. Rousseau se halla en un caso idéntico ó quizá más triste.

Al salir del *Salón* quise volver á ver el paisaje que este artista tiene en el Museo del Luxemburgo. ¿Recuerdan mis lectores aquel árbol torcido cuya negra silueta se destacaba sobre el fondo rojo de una puesta de sol? Aquella era una obra sentida. La naturaleza no estaba quizá representada con gran verdad; pero aquellos celajes, aquellas vacas y aquellos árboles, estaban vistos, sentidos é inter-

pretados de una manera enérgica por un espíritu fuerte que nos ha relatado en un lenguaje extraño, las vivas sensaciones que el campo le había hecho experimentar.

No he podido menos de preguntarme, cómo M. Teodoro Rousseau ha podido llegar al pacienzudo trabajo en que se complace hoy. No hay más que ver los paisajes que tiene en el *Salón*. Parece que las hojas y los guijarros están contados, y que la pintura ha sido echa pegando gota á gota los colores en el lienzo. La interpretación es mezquina, y todo, forzosamente, aparece pequeño. El modo de ser se pierde entre tanta inútil fruslería; la vista del pintor no abarca el horizonte en su amplitud, y la mano no puede trasladar la impresión sentida y traducida por el modo de ser. Por eso en la pintura de que me ocupo, no veo nada que palpite. Yo hubiera querido que M. Teodoro Rousseau cogiera un pedazo de la naturaleza, como lo ha hecho en los tiempos de antaño y nos lo hubiese hecho ver, y parece que el artista se ha entretenido en desmenuzar el campo para presentárnoslo pulverizado.

Su pasado entero le dice: ¡maestro, franqueza, vigor, espontaneidad, vida!

Al llegar al final de mi trabajo, un escrúpulo me asalta. Hoy me veo obligado á juzgar, quizá harto severamente, á artistas que me gustan y que admiro. Voy á citar un solo hecho que puede servirme de justificación.

A raíz de la publicación de mi artículo sobre M. Manet, encontré á un amigo, al cual con toda franqueza comuniqué la impresión que me habían producido los lienzos de que acabo de hablar.

—Jamás digáis eso—exclamó—heriríais á vuestros hermanos; es menester constituirse en asociación y defender al partido á toda costa. Puesto que habéis levantado la bandera del estilo propio, elogiad á cuantos lo tengan.

Por eso me he apresurado á escribir estas líneas.